

“SUEÑO DE MEDIANOCHE”  
(DEL LIBRO *BAITSAYYIAL-SAMHATI*)

NAGUIB MAHFUZ

Traducción del árabe: Gustavo Barrera  
Gardida y Hernán G.H. Taboada

Umm 'Abbas era una mujer bella, conocida en el barrio por su belleza; la veían los hombres de buen gusto como la gente del desierto contempla un ojo de agua. Poseía un edificio viejo de cuatro pisos, además de tres tiendas situadas en su planta baja: por eso la consideraban los vecinos, todos ellos pobres, como un sueño bordado en oro. El día en que murió su marido, que era vendedor de rosarios, aplicadores de *kohl* y esencias, ella estaba alrededor de los cuarenta, edad que el barrio considera la cima de la madurez, el brillo de la plenitud y el aroma de la feminidad. Muchos aspiraron a casarse con ella; pero el destino la empujó a los brazos de un hombre que nadie habría imaginado. Hasanin poseía una carreta que alquilaba a otros, estaba en sus treinta años, fuerte de cuerpo, terrible de carácter, considerado entre los pandilleros de la última grada.<sup>1</sup> No había nadie en el barrio que lo quisiera o apreciara; aquello aumentó el odio que le tenían: se preguntaban cómo había caído en sus redes una mujer como Umm 'Abbas. Decían con enojo, mientras la rabia y la envidia devoraban sus corazones.

—¿Pobre Umm 'Abbas!

'Abbas era su hijo, del marido muerto, estaba en sus veinte años, muy bueno de corazón, brillaba en sus ojos amplios una mirada silenciosa, o que quizá hablaba en lengua desconocida, sonreía como los niños y se dejaba bigote y barba, que

<sup>1</sup> Se refiere a los pandilleros que ocupaban la tercera y última grada de los cines populares, en donde cometían sus fechorías.

acariciaba. Era analfabeta, y no aprendió una letra en el *kuttab*; por eso, su padre le abrió una de las tiendas del edificio para que vendiera dulces, *ful*, cacahuates y *lib*; él distribuía a los niños sin medida. Cuando su madre se casó con Hasanin, él desapareció del barrio durante días, luego regresó y decía a todos los que lo encontraban:

—No es bueno que ocupe otro hombre el lugar del padre...

Y levantaba la cabeza hacia la habitación de su madre, gritando con su voz más alta:

—Ay Umm 'Abbas..., que Dios te perdone...

Cuando terminaba el día se quitaba su *quibbaba* y vestía un traje azul claro —porque le gustaban los colores claros— arreglaba con esmero su bigote y barba, cubría su cabeza con un *tarbusb* ladeado, empuñaba su bastón de caña anaranjada; luego cerraba la tienda y se lanzaba a un largo recorrido, arrojando saludos a derecha e izquierda, removiendo en la boca un pedazo de azúcar cande; sonreía con enorme felicidad y la mayor parte de la noche se lo veía que vagaba sin rumbo. Desde que su madre se casara con Hasanin, hizo de su tienda su habitación; su madre no se opuso por mucho tiempo, porque conocía su obstinación; no se preocupaba mínimamente de él y decía que los ángeles de Dios lo protegían.

Un día Hasanin fue hacia él amistosamente, pero 'Abbas le gritó en la cara:

—Vete, no te conozco...

El hombre se enojó, y dijo:

—Soy tu tío...

Se interpuso la gente entre ellos, calmaron al hombre defendiendo al joven querido. Umm 'Abbas se entristeció tanto que lloraron sus bellos ojos. Amaba a 'Abbas porque era su único hijo y porque su rostro era un retrato del de ella. Realmente 'Abbas era hermoso y su belleza no se ocultaba a pesar de la barba, el bigote y el *tarbusb* ladeado que le cubría un tercio de la cara.

Lo extraño era que Hasanin, tras la suerte del matrimonio con Umm 'Abbas, había aumentado su grosería y perversión.

Se hizo aun más terrible el carácter del pandillero, contrató secuaces y aumentó su agresividad. Se emborrachaba hasta ir chocando con las paredes y cantaba, cuando estaba borracho, con una voz que hacía huir a los escarabajos. Cada vez que 'Abbas veía al hombre en su actitud pendenciera, salía de su tienda a la calle, levantaba la cabeza hacia la habitación de su madre y gritaba con su voz más alta:

—Ay Umm 'Abbas..., que Dios te perdone...

Un día irrumpió una voz ronca desde detrás de las celosías hacia la calle, con ira salvaje:

—Yo soy el dueño de la casa... Yo soy el dueño de todo...

La gente imaginó con lástima a la bella mujer bajo una tormenta de insultos, la mujer que no había conocido en el pasado más que amor y respeto. Se preguntaban por el secreto de aquella furia, respondían los habitantes del edificio que los alquileres eran el secreto de la furia, y que el pandillero había ganado, ¡que se había convertido en el único beneficiario de los alquileres! Umm 'Abbas no volvió a salir como acostumbraba para visitar a las vecinas y pasear por el *tarbi'a*. Nadie volvió a verla coquetear en el *milā* que la envolvía como al *mahmal*, con los ojos pintados de *kobl* que miraban con profunda mirada a través del '*arus al barqa*'.

La apropiación de los ingresos de la madre no satisfizo a Hasanin; un día pasó por la tienda de 'Abbas, le gritó, tambaleándose de la borrachera hasta que hizo escapar a los niños de sus juegos:

—¿Me comprobaste un solo centavo de la herencia que dejó tu padre?

Los ojos de 'Abbas se fijaron en los niños como si no vieran al otro hombre y éste lo amenazó con el índice, gritando:

—¡Paga el alquiler o desaloja la tienda!

Llegó rápidamente Bayumi, el lechero, para calmar su rabia y lo suavizó con palabras dulces hasta que se alejó con él; Hasanin dijo con lengua trabada mientras salpicaba de saliva la cara de Bayumi:

—¡Imbécil y parásito...!

Al atardecer, 'Abbas se lanzaba a su paseo nocturno; por

donde iba regalaba sonrisas puras y saludos cálidos con felicidad angelical. Hasanin dirigió un nuevo ataque intimidatorio para obligar a Umm 'Abbas a que le vendiera el edificio en transacción privada. Se encendieron las disputas entre ambos, se hartó el barrio con sus gritos y amenazas. La mujer se quejó con las vecinas de sus sufrimientos. Alguna gente buena deliberó para acudir a Hasanin y pedirle que retrocediera en sus exigencias; pero ninguno pudo dar un paso concreto, ya que temían la violencia del hombre, especialmente porque en esa época había atacado ferozmente a un hombre llamado "Caramelo", cuando lo sorprendió que llevaba dinero de Umm 'Abbas a su hijo. Una noche se elevaron sollozos de la mujer, tras una dura reprimenda del hombre; luego supo la gente del barrio que él le había dado una dura paliza y ella había abandonado su resistencia.

En la madrugada se elevaron gritos y se degarró el silencio. Se despertó la gente asustada, abrieron las ventanas y muchos se precipitaron hacia el lugar del grito, los portales. A la luz del farol vieron a Bayumi el lechero, inmóvil y temblando. Era el primero que se despertaba en el barrio para recoger los botes de leche. Pero, ¿que le pasaba? Lo encontraron que señalaba un lugar en el suelo, miraron donde señalaba y vieron a Hasanin que nadaba en su sangre: su cadáver yacía al pie de la pared del portal.

Se produjo una profunda confusión en el barrio, se apresuraron a ocuparlo la policía y los investigadores; luego empezaron rápidamente las averiguaciones por todos lados, siguiendo todas las pistas. Llamaron a Caramelo, que era la última víctima del asesinato, a Umm 'Abbas y algunos habitantes del edificio, al lechero Bayumi mismo, y a decenas y decenas de enemigos del hombre, que eran incontables, pero se comprobó terminantemente la inocencia de todos. Hasta 'Abbas fue llamado para las averiguaciones, y cuando fue interrogado por el sitio donde estaba en el momento del crimen, respondió simplemente:

—Estaba con al-Jidr.

Cuando el investigador quiso saber quié era este al-Jidr respondió 'Abbas con sorpresa:

—¿No conoces acaso a nuestro señor al-Jidr?

Pero muchos sabían de los paseos de 'Abbas paso a paso y declararon en su lugar. De esta manera, el crimen permaneció como un enigma que no quería resolverse. Se supo por la investigación que Hasanin había sido asesinado con un objeto de hierro que le había destrozado la nuca. La verdad es que nadie se apiadó de él; pero se preguntaban a menudo sobre el asesino, y siguió siendo el crimen la historia excitante de la vecindad durante largo tiempo.

Al principio se pensó que 'Abbas volvería a la casa de su madre, pero él se rehusó con orgullo. El sufrimiento atormentó a su madre y la sumergió en la tristeza; pero su belleza sobrevivió a la tragedia y salió al final brillante como en su pasado. Volvió a coquetear entre el callejón nuevo y la *tarbi'a*, volvió el encanto que la envolvía como un halo.

De repente, un hombre se adelantó a pedir su mano. Era en verdad un joven de menos de treinta años, carnicero, más bien cercano a la pobreza, de una familia del barrio vecino; de bella estampa, amable de carácter, de antecedentes limpios. Se preguntó la gente: “¿Se arriesgará la mujer a aceptar otra vez la prueba? Y la mujer la aceptó más rápido de lo que nadie se imaginaba. Aunque alguna gente buena dijo que Dios le había sustituido algo mejor, muchos otros murmuraron, preguntándose: “¿No estará acaso el hombre relacionado con el misterioso crimen?” En cuanto a 'Abbas, dijo, como de costumbre:

—No és bueno que ocupe otro hombre el lugar del padre.

Y salió a la mitad de la calle, luego levantó la cabeza hacia el nido de los novios, gritando:

—¡Ay Umm 'Abbas..., que Dios te perdone!

Alcanzaron las murmuraciones de sospecha los oídos de las autoridades, que realizaron investigaciones sobre el esposo —se llamaba Abduh—, lo citaron para interrogarlo a él y a Umm 'Abbas; pero no les encontraron nada y el crimen siguió mudo como estaba. La convivencia hizo resaltar los valiosos méritos de Abduh. Brindó a la mujer amor, afecto y un trato cariñoso. Desde un comienzo ofreció su amistad a 'Abbas; pero el muchacho lo rechazó diciendo:

—¡Déjame en paz!

Sin embargo, Abduh lo trató con afecto y consideración, convenció a su madre para que le suministrara el dinero que necesitaba. Al mismo tiempo afirmaba que tenía una inteligencia aceptable. Sugirió a Umm 'Abbas que vendiera un patio trasero del edificio, que se encontraba entre dos esquinas, para renovar el edificio con el dinero y construir un piso nuevo. La mujer le brindó la confianza que merecía, renovó el edificio y lo elevó; aumentó apreciablemente los ingresos de Umm 'Abbas, tanto que la gente se sorprendió de él y decía que era un hombre como ningún otro. Bayumi el lechero dijo a 'Abbas, que cenaba en su tienda, antes de lanzarse a su paseo nocturno:

—Tienes un corazón de ángel. ¿Cómo entonces rechazas a un hombre bueno como el tío Abduh?

'Abbas siguió tomando su jocoque como si no le dirigieran la palabra. Le preguntó Bayumi:

—¿Acaso no amas a quien la gente ama y a quien reconstruye las ruinas?

Abbas dejó el tazón vacío de jocoque, luego miró a los ojos de Bayumi, diciendo:

—¡El salvaje...! ¿Acaso no lo ves cómo corta la carne en su tienda?

Quedó claro, mientras esto sucedía, que Abduh era igualmente considerado con su familia. Cada vez que se desocupaba un departamento en el edificio, lo habitaba con uno de sus parientes y a los que era pobres les rebajaba el alquiler, con el consentimiento de su esposa. Gracias a todo esto, ya no había quién lo censurara, hasta que fue con su madre y su hermana para que se quedaran con él en su departamento. En esta ocasión, algunos repitieron el proverbio que dice: "Si es de miel aquel que amas, no lo lamas todo". La verdad era que Umm 'Abbas no estaba a gusto con esto, se encontró con el hecho consumado y no pudo por ello impedirlo, pero entendió que las riendas se habían caído de sus manos y ella había dejado de ser la dueña de la casa después de que su suegra asumiera la responsabilidad, y vio su perdición.

Un día, Abduh desocupó dos de las tres tiendas del edificio y derribó la pared intermedia para hacer de ellas una tienda grande y magnífica. Después se trasladó ahí desde su pequeño puesto en el barrio vecino, se colgaron borregos y terneras y se convirtió en el carnicero más grande de todo el barrio. Inauguró el nuevo local con lectura del Corán hecha por un recitador de buena voz ¡y alabó Abduh a Dios, con voz que muchos escucharon, por lo que le había abierto con dinero honrado!

Por primera vez la gente discrepó sobre él: había quienes decían que era un ejemplo de honestidad y consideración y quienes decían que era otro Hasanin, sedoso al tacto. Dudó la gente de su conciencia y mordió la envidia los corazones de muchos. Abduh cambió un poco: ocultó su mirada cariñosa y una nueva mirada, llena de seguridad ocupó su lugar. Introdujo en su afabilidad acostumbrada cierto grado de energía y resolución necesarios para su posición económica y su responsabilidad como hombre de negocios. No se limitó a emplear la energía y resolución en el negocio, sino que las empleó también en la casa, ya que aumentaban las querellas entre Umm 'Abbas y su familia, las empleó especialmente con Umm 'Abbas. La mujer, que no lo había conocido sino como amable compañero, agravó su estado y se entristeció muchísimo; empeoró la situación entre ella y la familia de él, se empeñó en que le devolvieran los derechos perdidos en su casa, hasta que un día le dijo:

—No quiero compartir con nadie mi casa...

Entonces el hombre le dijo con voz terrible.

—Como quieras... ¡Puedes irte...!

La mujer no pudo creer a sus oídos, luego gritó:

—Ésta es mi casa... los demás, que la dejen...

Hubo una pelea de manos entre las mujeres. Abduh se horrorizó que se atacara a su madre y llovió una paliza sobre Umm 'Abbas, luego la empujó fuera de la casa. Se encontró sola en la calle hasta que la recibió una familia pobre que tenía un parentesco lejano con su primer marido. Este hecho hizo temblar los espíritus, 'Abbas corrió hacia su nueva residencia y gritó con su voz más alta:

—¡Ay Umm 'Abbas..., que Dios te perdone!

Los vecinos no sabían que hacer. No era poca cosa hacer enojar al hombre, después de que había aumentado su influencia y los intereses de muchos dependían de él. Algunos pensaron elevar el pleito a los tribunales, pero murmuraban de esto en secreto, temiendo por ellos. No proclamó sus burlas sino 'Abbas, hasta que el hombre se enojó con él, le suspendió sus pagos y dijo con su voz más alta:

—El juego de los tontos no debe acercarse a tocar el dinero.

Se dirigió hacia muchos de la gente del barrio que estaban parados mirando la pelea y les dijo:

—Cualquiera de vosotros es más digno del dinero con el que juega este muchacho bobo...

Pero ellos observaban la tienda, los borregos y terneras y preguntaban: "Y esta riqueza, ¿quién la hizo?" Pero a 'Abbas no le importaba nada, y pareció como si aumentara su felicidad y seguridad, se lanzaba a la noche como si fuera heredero del Paraíso. La gente decía que Umm 'Abbas era una mujer de negra suerte, y que su corazón débil la empujaba siempre hacia la ruina: mientras ella vivía gracias a la caridad de una familia pobre, Abduh crecía y se asociaba a toda operación económica del barrio. Gente buena se ocupó en reconciliarlos, hasta que devolvieron a la mujer a su casa. Pero volvió con el espíritu destrozado, sin esperar una vida digna. Abduh no aceptó volver a pagar a 'Abbas sino con la condición de que se le asociara en la tienda uno de sus familiares para cuidar el dinero y dirigir el trabajo. A Abduh le gustaba la vida cómoda y próspera: colocaba un turbante fino y brillante sobre su cabeza; se envolvía en una 'abaya de pelo de camello; calzaba unas babuchas coloradas de Jan el Jalili, y se adornaba con anillos de oro. Por donde iba, le precedía el olor de almizcle, la gente se levantaba a sus lados hasta que se perdía de vista y murmuraban:

—¡Se fueron con Dios los días de antes...!

En la madrugada se elevaron gritos y se desgarró el silencio. Se despertó la gente asustada, abrieron las ventanas, luego se precipitaron todos a los portales. Vieron a Bayumi el lechero



que temblaba, miraron hacia donde señalaba y vieron al maestro Abduh hecho un ovillo, con la cabeza hundida en un charco de sangre. El barrio se estremeció violentamente, acudió la policía, agentes e investigadores, llamaron a testificar a un número infinito de gente del barrio, pero no cayó ni una sobra de sospecha sobre ellos, ni cerca ni lejos, y los indicios aseguraban que el crimen de Abduh iba a terminar como el crimen de Hasanin. La gente decía, chocando una palma con otra:

—¡Qué extraño esto!

Y decían otros:

—Espera a que aparezca el nuevo novio...

'Abbas fue a la tienda de Bayumi para tomar su cena acostumbrada antes de lanzarse a su paseo nocturno. Bayumi empezó a mirarlo con curiosidad, mientras él comía el jocoque con paladeos y felicidad, y su bigote y barba se juntaban alrededor de su boca, y se alejaban con movimientos continuos. Bayumi vaciló un momento, luego dijo:

—¡'Abbas...! Eres lo más extraño en nuestra vecindad...

'Abbas le sonrió con cariño, como si fuera la persona más querida en su corazón; dijo al final, como si murmurara:

—Abduh estaba todavía vivo cuando tropecé con él en el portal...

'Abbas se acarició el bigote en toda su extensión sobre la boca, para asegurarse que estaba seco, dijo Bayumi:

—Y pronunció el nombre de su asesino antes que ascendiera su espíritu.

'Abbas llenó la cuchara con jocoque, se la llevó a la boca, fijó en ella sus ojos; dijo Bayumi:

—Sin duda es el que mató a Hasanin antes...

Apareció en el rostro de 'Abbas la tristeza de quien evoca una visión que no desea; dijo Bayumi:

—¡Cuando hicieron la investigación, olvidé todo; ésta es la voluntad de Dios!

'Abbas llegó al final del tazón y se dispuso a salir de la tienda, le preguntó Bayumi:

—¿Quién eres, 'Abbas...? ¿y que te dice nuestro señor al-Jidr todas las noches?

